

# LA HONRA

*Los Albores de la Verdad*  
*Amalia Domingo Soler*

LA HONRA. — En cierto día salieron juntas a pasear por un lugar donde se celebraba una hermosa fiesta la Ciencia, la Fortuna, la Resignación y la Honra.

En el camino dijo la Ciencia:

—Amigas, como puede darse el caso de que nos perdamos en la fiesta entre nosotras, es bueno convenir el lugar donde podamos encontrarnos nuevamente; a mí podéis encontrarme en la biblioteca del sabio médico, el doctor X, que, como sabéis, es uno de mis viejos y mejores amigos.

La Fortuna dijo:

—Yo iré a esperarlas en el lujoso palacio de aquel poderoso millonario, a quien casi siempre acompaño.

La Resignación dijo a su vez:

—A mí me encontraréis en la pobre y triste choza de aquel buen viejecillo a quien con tanta frecuencia veo y que, sin soltar jamás una queja, ha vivido tantos años sufriendo los horrores de su negra suerte.

Como notasen las compañeras que la Honra se quedaba callada, le preguntaron:

—Y a ti, amiga, ¿dónde te encontraremos?

La Honra, bajando tristemente la frente, les respondió:

—A mí, quien una vez me pierde, jamás vuelve a encontrarme...

(Extraído de *El Diluvio*).

Leyendo *El Diluvio*, me fijé en las líneas que anteceden a este artículo, murmurando con melancolía: ¡Qué horizontes tan limitados contempla la mayoría de los hombres! Puesto que estrechan el círculo en que se desarrollan sus acciones, también Campoamor dice en sus célebres *Humoradas*:

La amo poco, es verdad, mi alma rendida,  
¿a quién dirás que adora?  
a la muerte, la sola poseedora  
de todos los descansos de la vida.

¡Cuán equivocados están todos los que piensan que en este pobre mundo acaban todas las luchas y las ansiedades del hombre!

¡Qué horroroso sería vivir en un círculo tan reducido! ¡Se cae tantas veces! Hay situaciones en la vida tan críticas, tan terribles, tan apremiantes, tan desesperadas. . ., que el hombre más honrado cae vencido ante el lecho de su hijo moribundo o ante una madre paralítica que le dice: — ¡Dame pan, me muero de hambre y de frío!, y el hijo, enloquecido, roba y mata si es necesario para darle a su madre lo que ésta le pide; y si para aquel desgraciado no hubiera un plazo más o menos largo para borrar la mancha de su deshonra, ¡qué horrible sería la vida! Afortunadamente el hombre vive siempre, y viviendo eternamente, todos los crímenes se borran con el agua del sacrificio, sacrificios realizados siglo tras siglo Las más relevantes virtudes son el fruto de grandes dolores, de innumerables humillaciones, de atropellos y locuras sin numero Decía un novelista francés que “es necesario haber querido morir para apreciar lo que vale la vida”, y es verdad

El dolor es el gran maestro de la humanidad; se aprende más en un día sin pan y en una noche a la intemperie que en todas las universidades donde centenares de sabios explican a sus discípulos las diversas ciencias, pues sin aquel conocimiento el hombre vive sin vivir

Recuerdo que leí hace tiempo un episodio que me hizo pensar profundamente un lord, que ya era millonario, heredó los cuantiosos bienes de un pariente lejano, y queriendo emplear digna mente el tesoro que le venia como llovido del cielo, quiso estudiar el modo y manera de hacer una obra meritoria, para lo cual, sin decir nada a nadie de su intención, se despicho de su servidumbre diciendo que iba a emprender un largo viaje y que a su regreso arreglaría sus negocios pendientes. Dejó encargado a su administrador general que velara por sus bienes hasta su vuelta; su leal servidor, que le había visto nacer, le prometió solemnemente aumentar su hacienda realizando buenos negocios El lord se marchó sin ningún criado, salió de Londres y fuera de la capital se disfrazó de mendigo, no llevando con él ni una libra esterlina, estudiando durante tres años vividos en la mendicidad el medio y manera de emplear sus tesoros en bien de sus semejantes, conviviendo junto a seres de lo mas degradados, mas como el no estaba acostumbrado a vivir de aquel modo errante, durmiendo una noche entre beodos y otra rodeado de asesinos, enfermó, como era natural, pasando varios meses en un hospital y sufriendo todos los horrores de la

miseria. Salió triunfante de la prueba y a los tres años volvió a Londres completamente desconocido. Ya no era el joven elegante y distinguido, era un hombre vulgar con el rostro amarillento y las manos ennegrecidas; su leal administrador lloró como un niño al verle en aquel estado, pero su señor le dijo:

*“No llores. Vengo más rico de lo que me fui. Ahora ya sé lo que valen mis palacios y mis lechos de plumas con sus colgaduras de púrpura, mis coches y mis caballos. ¿Sabes por qué? Porque he dormido en los pajares, porque creí morir en un hospital, porque he andado leguas y leguas con los pies descalzos y chorreando sangre, dándome por muy contento si al llegar la noche encontraba un cobertizo donde guarecerme de la lluvia. Ahora seré un buen rico, porque emplearé mis riquezas en grandes empresas que proporcionen honroso trabajo a centenares de infelices que se hunden en la degradación comenzando a pedir limosna, pues ésta es la ocupación que más degrada al hombre”.* Y el lord fue en realidad uno de los muchos redentores que de vez en cuando vienen a este mundo para aprender y enseñar.

Lo que hizo el lord en una existencia lo hace el Espíritu en sus encarnaciones sucesivas, y si en una existencia pierde la honra, la recobra en otra encarnación, porque no es la muerte la sola poseedora de todos los descansos de la vida, pues no hay descansos en la vida infinita, no hay más que cambio de talleres; el trabajo y la lucha siempre son los mismos: los mineros de ayer suelen ser los marinos de hoy y los negociantes y acaparadores de otro tiempo son los humildes aprendices de los más penosos oficios que hoy se disputan en la Tierra las ganancias indispensables para comprar el pan de cada día.

Todo cuanto se pierde en una encarnación se recobra en otra. El hombre ha nacido para ser grande, no para ser pequeño, por eso su vida no se acaba: pierde su cuerpo, pero queda su Espíritu con más ansias de saber y de progresar, porque basta que nos falte un organismo para que deseemos otro, puesto que el Espíritu antes de llegar a los mundos superiores necesita engrandecerse por su propio esfuerzo.

Si el Espíritu perdiera algo que no pudiera encontrar jamás, Dios sería injusto, condenándole al tormento de Tántalo, quien veía el agua junto a su boca y no la podía beber. Para el Espíritu son todos los mundos y todas las glorias, porque es hijo de Dios.



*Amalia Domingo Soler (1835 - 1909)*